

DESAGRAVIO

1. El desagravio en la historia de la espiritualidad. 2. Desagravio y reparación en los escritos de san Josemaría.

El lenguaje ordinario entiende el término “desagravio” como la reparación o compensación de una ofensa o perjuicio. Desagravia “el que devuelve al ofendido algo que ame tanto o más de lo que aborrece la ofensa” (S.Th. III, q. 48, a. 2, c). En la espiritualidad cristiana hace referencia al acto de reparar a Dios por los pecados y faltas propios y ajenos. Esa reparación se entiende como participación del cristiano en la obra redentora de Cristo, tanto en su aspecto positivo de restauración de la obra de Dios como en el negativo de expiación del pecado.

1. El desagravio en la historia de la espiritualidad

Las ideas de desagravio y reparación pertenecen a la experiencia humana común. También a la cristiana; de ahí que puedan encontrarse referencias a estas en la literatura de los primeros siglos. Esa praxis adquirió un matiz especial en la espiritualidad reparadora, que se desarrolló con mayor intensidad en el pueblo cristiano a partir de la experiencia mística de santa Margarita María de Alacoque (†1690) y de su devoción al Corazón de Jesús, y alcanzó su cima en la llamada por algunos autores “era reparadora” de la Iglesia latina, delimitada entre la universalización de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús (1856) y la instauración de la solemnidad de Cristo Rey (1925). En ese período la Iglesia vivió un florecer de congregaciones religiosas, agrupaciones de sacerdotes y laicos, cofradías, etc., dedicadas al ideal de la reparación. El estatuto teológico de la reparación al Sagrado Corazón de Jesús fue recogido y expuesto por Pío XI en la Cart. Enc. *Miserentissimus Redemptor* (8-V-1928).

San Josemaría se forma teológica y espiritualmente durante ese período. Conoce, por tanto, la literatura sobre la reparación, y las devociones como la Comunión Reparadora, las súplicas y preces de la Hora Santa, los ejercicios del Primer Viernes, etc. Cabe suponer que leyó la Cart. Enc. *Miserentissimus Redemptor* de Pío XI, publicada en castellano por el *Boletín Oficial del Obispado de Madrid-Alcalá* el 1 de junio de 1928, y que se identificó con esa doctrina como demuestran sus escritos. Y es indudable que conoció y estuvo en contacto con la Obra del Amor Misericordioso, movimiento devocional basado en el ofrecimiento a Dios de la propia vida en identificación con Cristo víctima para satisfacer tantas ofensas (cfr. REQUENA, 2009, pp. 139-174). Una vez dicho esto, debe añadirse que no se vinculó de forma plena con ninguna de esas realidades devocionales, sino que mantuvo una línea propia.

2. Desagravio y reparación en los escritos de san Josemaría

En sus obras usa indistintamente las palabras “desagravio/ar” y “reparación/rar”. Y algunas veces une los dos términos, dando a entender su equivalencia: “Ama a Dios por los que no le aman: debes hacer carne de tu carne este espíritu de desagravio y de reparación” (F, 444). Para san Josemaría los actos de desagravio brotan de lo íntimo del corazón, son demostración práctica de amor a Dios. El desagravio está relacionado con la *redemptio* o correspondencia al amor que Dios tiene a cada uno de los hombres. Es un amor que sufre –dolor de amor– cuando se ofende a la persona amada: “No pidas a Jesús perdón tan sólo de tus culpas: no le ames con tu corazón solamente... –Desagráviale por todas las ofensas que le han hecho, le hacen y le harán..., ámale con toda la fuerza de todos los corazones de todos los hombres que más le hayan querido (...)” (C, 402). Puesto que manifiestan el amor a Dios, los actos de desagravio se revelan como medio efi-

caz de progreso espiritual: atraen la gracia del Señor, ejercitan el alma en la presencia de Dios, y renuevan los deseos de entrega y de lucha ascética.

San Josemaría vivió con hondura el hecho de que la Pasión de Cristo es el gran acto de desagravio al amor divino herido, el único sacrificio de valor infinito capaz de reparar sobreabundantemente las ofensas de los hombres. Sólo unidas a la Cruz de Cristo, las acciones del cristiano pueden ser actos eficaces de desagravio: “Porque las tribulaciones nuestras, cristianamente vividas, se convierten en reparación, en desagravio, en participación en el destino y en la vida de Jesús, que voluntariamente experimentó por Amor a los hombres toda gama de dolor, todo tipo de tormentos” (ECP, 168). En este sentido, “el dolor es un don, una posibilidad de identificación con Cristo, y una tarea: responsabilidad de completar con Él, libremente y por amor, la obra de la redención” (BINETTI, 1995, p. 417).

En la vida y en la doctrina de san Josemaría hay un sólido nexo entre amor a Dios, Cruz, desagravio, expiación y propósitos de entrega: “Yo subiré con ellos [Nicodemo y José de Arimatea] al pie de la Cruz me apretaré al Cuerpo frío, cadáver de Cristo, con el fuego de mi amor..., lo desclavaré con mis desagravios y mortificaciones..., lo envolveré con el lienzo nuevo de mi vida limpia (...). Cuando todo el mundo os abandone y desprecie..., *serviam!*, os serviré, Señor” (VC, XIV Estación).

Para san Josemaría, el desagravio no se limita al aspecto penitencial o de mortificación voluntaria en expiación de los pecados; abarca toda muestra de amor del vivir diario que desee consolar y dar alegrías al Señor para contrarrestar los desamores. En este sentido habría que vincular los actos de desagravio con dos dimensiones inseparables en la vida espiritual de san Josemaría: la filiación divina: “las ansias de reparación que pone tu Padre Dios en tu alma, se verán satisfechas, si unes tu pobre expiación personal a los méritos

infinitos de Jesús” (F, 604); y la infancia espiritual: “a la vista de tantas ofensas para el Señor, si decimos a Jesús con voluntad eficaz, al ir en el tranvía, por ejemplo: «Dios mío, querría hacer tantos actos de amor y de desagravio como vueltas da cada rueda de este coche», en aquel mismo instante delante de Jesús realmente le hemos amado y desagraviado según era nuestro deseo. –Esta «bobería» no se sale de la infancia espiritual: es el diálogo eterno entre el niño inocente y el padre chiflado por su hijo” (C, 897).

La posibilidad de desagraviar no requiere momentos particulares, pues toda ocasión es buena para elevar el corazón a Dios en oración. La espiritualidad secular que vivió y transmitió san Josemaría tiende a lograr que los cristianos sean contemplativos en medio del mundo: “Esas prácticas [plan de vida] te llevarán, casi sin darte cuenta, a la oración contemplativa. Brotarán de tu alma más actos de amor, jaculatorias, acciones de gracias, actos de desagravio, comuniones espirituales. Y esto, mientras atiendes tus obligaciones: al descolgar un teléfono, al subir a un medio de transporte, al cerrar o abrir una puerta, al pasar ante una iglesia, al comenzar una nueva tarea, al realizarla y concluirla; todo lo referirás a tu Padre Dios” (AD, 149).

Pero hay momentos más apropiados y convenientes para el desagravio, tal es el caso del examen de conciencia: “acaba siempre tu examen con un acto de Amor – dolor de Amor–: por ti, por todos los pecados de los hombres...” (C, 246); o también la advertencia concreta de actos o lugares donde consta que se quebranta la ley divina: “no seas tan ciego o tan atolondrado que dejes de rezar a María Inmaculada una jaculatoria siquiera cuando pases junto a los lugares donde sabes que se ofende a Cristo” (C, 269).

Voces relacionadas: Contemplativos en medio del mundo; Contrición; Conversión; Cruz; Dolor; Mortificación y Penitencia; Oración.

Bibliografía: Paola BINETTI, “Riflessioni sul significato del dolore negli insegnamenti del Beato Josemaría Escrivá”, *AnTh*, 9 (1995), pp. 409-443; Édouard GLOTIN, “Réparation”, en *DSp*, XII, 1988, cols. 370-413; Federico M. REQUENA, “San Josemaría Escrivá de Balaguer y la devoción al Amor Misericordioso (1927-1935)”, *SetD*, 3 (2009), pp. 139-174; Andrea TESSAROLO, “Reparación”, en Ermanno ANCILLI (dir.), *Diccionario de Espiritualidad*, III, Barcelona, Herder, 1984, pp. 279-281.

Vicente BOSCH

DESCANSO. SANTIFICACIÓN DE LAS FIESTAS

1. Necesidad del descanso en la vida del hombre. 2. Descanso y filiación divina. 3. Modo de descansar: descanso y ocio. 4. Apostolado de la diversión y de la fiesta. 5. Descanso, festividades litúrgicas, contemplativos en medio del mundo.

San Josemaría valoró muy a fondo el trabajo humano; más aún, hizo del trabajo, de la santificación del trabajo, el quicio de una vida espiritual que llegara a abarcar la totalidad de la jornada. A la vez, dejó muy claro que el hombre no es un ser-para-el-trabajo, alguien que trabaja para trabajar. El hombre está hecho para el amor, y es el amor, con todo lo que implica, lo que da sentido al trabajo. “La dignidad del trabajo –afirma en una de sus homilías– está fundada en el Amor. El gran privilegio del hombre es poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio”. El trabajo –continúa– es por eso “oración, acción de gracias, porque nos sabemos colocados por Dios en la tierra, amados por Él, herederos de sus promesas”. E inseparablemente servicio y apostolado, “ocasión de entrega a los demás hombres” (ECP, 49).

Estas afirmaciones tienen, en el mensaje de san Josemaría, muchas implicaciones. Con ellas se relacionan la valoración de la amistad, la decidida afirmación de la importancia de la familia –y de la vida de

familia– para el desarrollo de la persona y de la sociedad, el aprecio por el arte, por la cultura, etc. Y también su doctrina sobre el descanso, entendido no sólo como reposo físico, sino también, y sobre todo, como esa serenidad interior que hace posible que el hombre no quede encerrado ni en el proceso de trabajar ni en una obsesiva preocupación por sus obligaciones o necesidades.

1. Necesidad del descanso en la vida del hombre

La antropología cristiana se caracteriza, y el fundador del Opus Dei lo enseña con claridad, por la vital conexión entre lo divino y lo humano. “Dios nos quiere muy humanos. Que la cabeza toque el cielo, pero que las plantas pisen bien seguras en la tierra” (AD, 75). Una de las aplicaciones de este principio, que tal vez no se encuentre entre las más elevadas, pero sí entre las más cotidianas, es el descanso. San Josemaría consideraba el deber del descanso como una necesidad física, pero lo veía también desde una perspectiva teológica, como una manifestación del amor de Dios por cada persona, realidad que glosó en algunas ocasiones acudiendo con la metáfora del borrico, en el que –pensando en la entrada de Jesús en Jerusalén– apreciaba la humildad y la docilidad de quien se sabe escogido por Dios para su servicio, y afirmaba: “Pensad que Dios ama apasionadamente a sus criaturas, y ¿cómo trabajará el burro si no se le da de comer, ni dispone de un tiempo para restaurar las fuerzas, o si se quebranta su vigor con excesivos palos? Tu cuerpo es como un borrico (...) hay que dominarlo para que no se aparte de las sendas de Dios, y animarle para que su trote sea todo lo alegre y brioso que cabe esperar de un jumento” (AD, 137). En sus enseñanzas, late la convicción de que, sin el debido reposo, no se puede servir bien a Dios: “Decaimiento físico. –Estás... derrumbado. –Descansa. Para esa actividad exterior. –Consulta al médico. Obedece, y

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.